Los domingos, en *Página/12*, toda la información necesaria para saber adónde ir y pasarla bien

Guía para disfrutar del encanto de Buzios

Página/4

Turismo/12

INFORME ESPECIAL

La República Dominicana tiene todo lo imaginable para unas vacaciones a pleno sol: playas con cocoteros, selva y ríos cercados de manglares

En la isla del merengue

El paso de la historia

Algunos edificios de la capital dominicana se conservan intactos desde tiempos ancestrales, si es que al período de presencia española en América se lo puede reconocer vetusto. El Alcázar, residencia de la gobernación de Diego Colón, fue construido en 1509 en piedra coral extraída del río Ozama, que corre frente a este edificio.

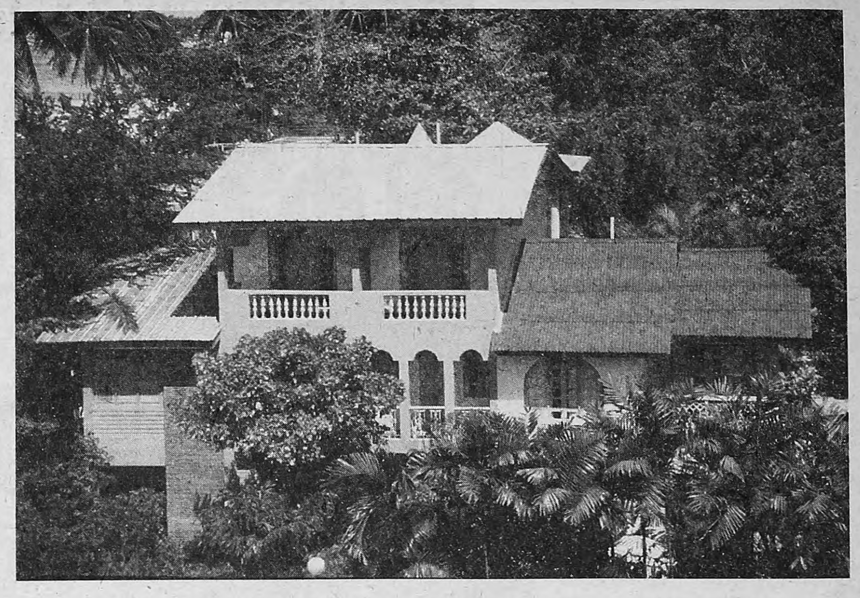
Como parte de la avanzada colonizadora las iglesias nunca faltaron, menos en Santo Domingo. La Catedral de Santa María de la Encarnación tardó casi treinta años en levantarse y albergó los restos del descubridor de América, cuerpo que tras la ocupación francesa de Santo Domingo pisó varios puertos sin que se sepa efectivamente qué ha sido de él.

De tiempos lejanos de la era Colón, la Casa del Tostado muestra el estilo gótico y elementos propios de la decoración del XIX en el Museo de la Familia Dominicana, situado dentro de la vivienda.

En ruinas, la iglesia-hospital de San Nicolás de Bari y el monasterio de San Francisco no soportaron los embates de corsarios y ciclones. Todo lo histórico, también de siglos posteriores, se halla concentrado en un radio de pocas cuadras, recostado sobre el río Ozama, en Santo Domingo.

Un resort a pasos de la playa y en medio de una fantástica vegetación.

Boca Chica, Juan Dolio y Punta Cana están a media hora de Santo Domingo.



Al ritmo del merengue, la República Dominicana ofrece algunas de las playas más bonitas del Caribe y una riquísima historia emparentada con los viajes de Cristóbal Colón y el corsario Drake. Tierra donde la riña de gallos es el "deporte" tradicional y los tragos con ron una "parada" obligatoria para los que llegan a esta isla.

Gallos, ron y medianoches

El sol se va poniendo sobre una de las costas australes de la isla La Española. Dos cuerpos, ya entrados en calor, ejecutan, acompasados, un movimiento suave y seductor. Están bailando merengue y están en su *salsa* porque ellos son dominicanos.

El sabor del Caribe se aprecia en muchísimas playas de la región, pero el ritmo del merengue es distintivo en República Dominicana. Desde que los niños dejan de ser bebés, mientras los ancianos se mantienen de pie, y aún después, la cadencia del merengue está metida en la sangre de este pueblo caribeño.

Aunque comparten La Española con Haití, la identidad de los dominicanos está bien arraigada. El mestizaje de su población es legado del contacto de los españoles con los indios taínos, habitantes precolombinos de la isla, quienes no pudieron quedar al margen del ímpetu conquistador de la corona española. El legado histórico de Santo Domingo, la capital, está emparentado de raíces con la aventura de la familia Colón, epopeya que no ha ido para nada en un solo sentido. El amor de Cristóbal o Cristóforo por la isla pudo haber sido por el asombro que le inspiró la naturaleza de La Española, además de su posición estratégica en el emprendimiento de la corona católica. Drake, el corsario al servicio de la corona inglesa, también visitó la isla a fines del siglo XVI.

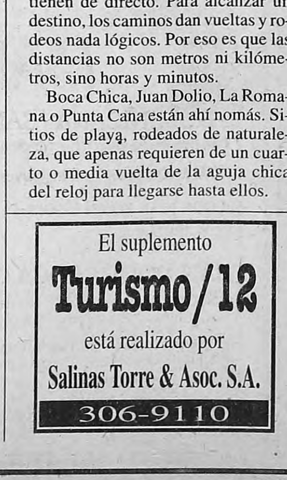
Las calles de Santo Domingo muestran un aire tumultuoso digno de tener en cuenta sobre todo si hay que trasladarse. Decir que hay taxis es una vulgaridad, suponer que existen *guaguas* –unos minibuses con capacidad de quince pasajeros– es una sospecha confirmada, pero arriesgar a que por las calles de Santo Domingo se puede viajar en *conchos* es una verdadera apuesta al ingenio popular hispanoamericano. Los *conchos* son vehículos muy viejos, pintados tal vez a mano, cuyo copiloto, ayudado por los bocinazos del chofer, se desloma gritando en el Parque de la Independencia el destino predeterminado del servicio.

Las playas de República Dominicana poseen dos estilos bien definidos. Por un lado, los balnearios emplazados sobre el Mar Caribe, y por otro, la costa que da al Océano Atlántico, que tiene un mayor oleaje que las caribeñas.

Estar relativamente cerca de Santo Domingo tiene su ventaja. Quizá para poder comprobar las que, dicen, son las tres pasiones de los dominicanos. La primera, el merengue, claro. La segunda, su "deporte" nacional, la riña de gallos. La tercera es vitamínica y, más bien, una pasión transnacional, el ron, que en el trago llamado *mentirita* consigna una imperceptible polémica con el ron cola cubano.

La primera de las pasiones, el merengue, tiene en Santo Domingo varios sitios para un despliegue desinhibido en el barrio viejo de la ciudad, aunque para los locales la diversión se concentra en el malecón –la costanera–. En todos la noche hace posta con la madrugada, aun en la avenida George Washington, el eje urbano de una Santo Domingo más fina. Saliendo de Santo Domingo las rutas poco tienen de directo. Para alcanzar un destino, los caminos dan vueltas y rodeos nada lógicos. Por eso es que las distancias no son metros ni kilómetros, sino horas y minutos.

Boca Chica, Juan Dolio, La Romana o Punta Cana están ahí nomás. Sitios de playa, rodeados de naturaleza, que apenas requieren de un cuarto o media vuelta de la aguja chica del reloj para llegarse hasta ellos.



LAS PLAYAS DOMINICANAS

El sol sobre las palmeras

Son distintas y son muchas. Con aguas cálidas, más o menos oleaje y de arenas casi blancas, de fina traza. Las playas dominicanas tienen mucho para disfrutar y un solo peligro: los frondosos cocoteros que dejan caer sus "duros" frutos sin dar aviso.

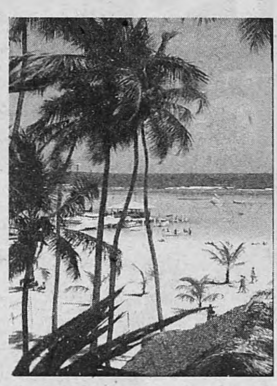
Los días son de diferente duración en cada playa de República Dominicana. Al oriente de Santo Domingo, las playas tienen luz para rato porque el sol se da un baño en el mar Caribe antes de iluminar tierra asiática. El agua es calma y la arena, de textura delgada y muy clara, casi blanca. Los palmares en Juan Dolio forman una línea de división romántica entre la maleza y la transparencia del agua. Para los escasos madrugadores, la posibilidad de estar en la playa se alarga hasta que la arena adquiere un color rojizo fuerte y el aire cálido del día se enfrenta a la brisa fresca de la noche. En enero y febrero, una suave lluvia matinal es de aparición religiosa cada día. Lo mismo durante la vigilia. Los aguaceros son de corta duración, apenas refrescan el cuerpo.

Boca Chica se sitúa muy cerca de Santo Domingo y rompe la regla de que cuanto más se nada para llegar a un lugar más bonito es. Aquí, en *little mouth*, el mar es de escasísima profundidad, lo que le da al Caribe un aspecto de lago. Este rincón dominicano es, aparte, uno de los pocos que poseen centro comercial propio fuera del área hotelera. El límite con el alta mar está dado por un arrecife de coral que se ubica no muy lejos de la isla. Para los amantes de la pesca, el barlín y la barracuda son botines muy valorados. Boca Chica, muy visitada por los dominicanos, da pie a los que gustan caminar por esas playas poco profundas.

A Juan Dolio, un poco más alejado pero dentro de las llamadas "playas del Este", la circunda una calle a cuyas márgenes se sitúan los hoteles que dan sobre la costa. Por la ausencia de población a sus alrededores, los hoteles ofrecen casi la totalidad de los servicios al recién llegado y, en general, brindan la posibilidad de practicar deportes y *snorkel* entre peces de colores y fondos coralinos. Estar en Juan Dolio una semana, por ejemplo, volando desde Buenos Aires y parando en un hotel tres estrellas, se consigue por 935 pesos más impuestos. Combinándolo con Isla Margarita, por un total de catorce días, sube a 1.147 pesos, como base.

Juan Dolio y Guayacanes, dos antiguas villas de pescadores, como edenes que pretenden ser, se resignan, además, a la presencia de leviatanes: unos frondosos cocoteros atestados de cosas que caen sin dar aviso, cocos.

Dos playas, la Minitas y la Bayahibe, una aldea de pescadores que desayunan y descansan al borde del paraíso y a las que solamente se puede llegar navegando.



Palmeras, arena blanca y aguas cálidas.

Al otro lado del cabo de Yuma, la unión del mar Caribe con el Atlántico, se encuentra uno de los nombres más asociados a República Dominicana en lo que a turismo se refiere: Punta Cana, que, si bien parece refutable, se halla, junto a Bavaro y Macao, en una zona que en muchos casos mantiene la fidelidad amorosa con la madre naturaleza antes de haberse casado con ella.

Las playas del Este se menean bien así. Sin romper el encanto de las olas de la costa del Ambar, en el norte, o de los reductos menos explorados de la tierra dominicana, el litoral sudoeste, la zona de Samana, o el mismísimo Lago Enriquillo, salado y a cuarenta metros bajo el nivel del mar, donde vive la mayor población de cocodrilos americanos de toda la región o, en el otro extremo, el pico Duarte, en el cordón montañoso más elevado de Antillas.

La comida "criolla"

Los dominicanos se llaman a sí mismos criollos. Sus platos típicos reciben la misma denominación. Como distorsión de la paella valenciana que en siglos anteriores no pudieron ser por la falta de azafrán nació el *locrio*, un guiso coloreado con bija. La rareza nominal también se hace presente en el *tostón*, el plátano frito en rodajas, el *mofongo* que no es otra cosa que plátano pisado con ajo y chicharrón y el *sancocho*, un guiso de carne. Estos platos son más fáciles de obtener en los bares y restaurantes concurridos por la gente local, de preferencia por comidas muy picantes.

Asimismo, la cocina internacional es muy preciada en Santo Domingo, principalmente la china, la japonesa y la mejicana. La langosta, un fruto de mar que no es exclusivo de los sitios caros, a veces se vende por peso. Una ración standard puede rondar las dos libras, que se paga desde los siete dólares por unidad. En los lugares más caros se cobra la porción de langosta entre 25 y 30 dólares.

Algunos sitios recomendables son el Mesón de la Cava –en avenida Mirador Sur–, cimentado dentro de una de las cuevas naturales, bajo tierra en la roca, que existen en Santo Domingo; La Bahía –avenida George Washington–; el Lina Restaurant –avenida Máximo Gómez–, famoso desde tiempos pasados, y el Café San Michel –avenida Lope de Vega–, entre otras opciones.

Para el bolsillo

Los que llegan por primera vez a República Dominicana deben considerar que el nivel de precios varía entre Santo Domingo, la capital, y las playas netamente turísticas. Además, y para beneficio de sus propios habitantes, existen servicios con tarifas diferenciadas para los dominicanos y los extranjeros aun en productos culturales como entradas a distintos espectáculos o salones de baile. La moneda del país es el peso dominicano, que equivale aproximadamente a 13,80 unidades por dólar estadounidense, aunque se puede conseguir un cambio mejor a través de los "arbolitos" que no faltan en las calles de Santo Domingo.

El radio taxi en la ciudad capital cuesta 120 dominicanos, cualquiera sea el destino dentro de Santo Domingo. Viajar en los denominados *conchos* tiene un costo irrisorio de 3 dominicanos, mientras que un bus cobra 10 dominicanos. El regateo es una práctica común en República Dominicana: generalmente el precio de cualquier producto es mucho menor que el de la primera oferta. Una bebida gaseosa en la capital puede costar unos cinco dominicanos –ya sea *la roja* o *la naranja*, los dos refrescos de bandera local–, mientras que una *mentirita* puede valer unos 20 dominicanos, y una entrada a una discoteca, valor para extranjeros, sale unos 130 dominicanos en los lugares de mayor renombre.



BUZIOS

En un mar de playas

(*Por Alberto Achíos*) **De la puerta de las casas hacia afuera, la bandera de Brasil flamea sobre las cabezas de los buzianos. Sobre el adoquinado de la rua Das Pedras o en el interior del corazón de los pescadores de la bahía de Armaçao, el espíritu carioca es inconfundible. Pero Buzios convive con la gran oleada de europeos que se han arrimado a esta península en busca de una vida más despreocupada.**

Tan cambiante ha sido la vida de Buzios en los últimos tiempos que cada década, desde los 60 a los 90, ha marcado en el lugar un estilo diferente. Olvidada quedó ya la idea de que el poblado era exclusividad de sencillos pescadores y antiguos cazadores de ballenas. Sin embargo, las redes de los hombres de mar se vieron desbordadas por la seductora visita de *bebé*, una francesa que llevó a Buzios consigo, y con su popularidad, al otro lado del océano.

De tradicional, la aldea buziana no tiene nada. Los alojamientos, de categoría o sencillos, poseen un toque rústico único y adaptan su figura al desnivel de los morros que caen sobre las playas. Además, la estadía en Buzios no puede contarse en días porque los días no se acaban nunca. Ciertas playas como la Tartaruga o la Joao Fernandes son sitios para continuarla hasta el amanecer. O en alguna de las cantinas regenteadas por exóticos mortales venidos de Francia, Alemania u Holanda o la misma Río de Janeiro.

Aquí está todo OK. A las preocupaciones mundanas se las lleva algún fuerte golpetazo de mar de las playas del sur, más frías y movidas que las apacibles y cálidas aguas de la costa norte.

Islas e idiomas

La variedad idiomática no es ninguna barrera cuando la atmósfera es positiva. Asimismo, un error de interpretación, una traducción inexacta, pueden jugar a favor de los que se animen al portuñol, el alegués, el frañol, el portumán o cualquier otra de las posibles combinaciones idiomáticas en Buzios. Café, cafezinho o caffée, qué mas da. La tazita terminará cayendo inconfundiblemente sobre la mesa. La *caipirinha*, hecha con *cachaça*, es una sola, amén de la tonada y el acento.

El pez con *milho*, uno de los platos favoritos, es una comida fresca que proviene del fruto del trabajo de numerosas barcazas que hasta el atardecer cruzan el horizonte rojizo con el sol posado sobre el agua. El morro donde se emplaza una antigua iglesia y que divide dos playas de Buzios –la *praia* Armaçao y la *praia* dos Ossos– resulta un excelente mirador para el crepúsculo.

Cantidad de pequeñas islas rodean la península de Buzios. La *ilha* do Boi, la Rasa, las Emerencia de Fora y Dentro, también diminutos e incontables promontorios rocosos cubiertos de frondoza maleza atlántica. La *ilha* Feia recibe la visita de bólos flotantes con aspecto de velero que con música a bordo y capitanes macanudos recorren las islas y bahías de Buzios, a veces interceptados por botes de goma que ofrecen brochettes de *camarao* al tiro, que desaparecen fugazmente cunado un navío *da prefeitura* merodea.

> No hay caipirinha que se resista a posarse en la arena de esta encantadora península brasileña, acompañada por numerosas islas y con playas de muy distintas características. Se puede pasear en velero, con agradable música a bordo, o cenar en bonitos restaurantes italianos, franceses o japoneses, sin olvidar, claro, la especial comida de los buzianos.

Las playas buzianas, distantes 200 kilómetros de sus hermanas cariocas, son todas como medialunas no siempre perfectas. La arena es de color claro y el agua simpatiza un color turqueza que se obtuvo de la mezcla de los fluidos azules del sur y el verde septentrional, más rico en vida subacuática.

Las rarezas tienen buen pasar en Buzios. Diversas piezas de bronce, cerámica o madera adquieren forma en algunas de las galerías de arte o ateliers que, habiendo reciclado un viejo hogar de pescador, buscan con anhelo una pequeña porción de mar a través de un patio interior o un anguloso balcón, cuadro para la furia creadora buziana.

Las playas

La disposición de las playas en Buzios no es tan caótica como parece pero tampoco resulta sencillo trazar una idea de cómo son. Ninguna de ellas se asemeja a la vecina. Están las agrestes y las "civilizadas". Las largas y espaciosas y las cortas y delgadas. Las de olas tempestuosas y las de aguas serenas.

Los habitués de Buzios ya saben muy bien de qué se trata cada una de ellas aunque no hayan pisado todas las playas. Es que conversando se aprende. Lo cierto es que hay playas para todos los gustos y si bien las longitudes no son kilométricas, el rincón del mate no se pierde.

Cercanas al centro se hallan la *praia* dos Ossos, la Armaçao, la *praia* do Canto y, unidas por un sendero peatonal, entre la vegetación surgen las *praias* de Azeda y Azedinha. De las dos primeras parten las excursiones en corbeta y las salidas de buceo que rumbean a las islas.

Las playas Tartaruga y Joao Fernandes son conocidas por el buen clima que se genera al atardecer, lo que tampoco es exclusividad de ellas. Más inclinadas en el sector de Buzios menos desarrollado, el sudeste, las playas de Forno y la surfista Brava, aunque la que más queda al desnudo es la Olha de Boi. Las más caminables, la Rasa y la de Manguinhos. La *praia* da Virgens, rodeada de vegetación.

Hacia el crepúsculo, de las fondas y los bares playeros salen suaves melodías. Las *caipirinhas* y los bocadillos matizan la espera de la noche antes de que la preocupación se traslade a los restaurantes. La especialidad es francesa en Au Cheval Blanc, Cigalon, La Poste Restante. Italiana en Le Streghe y Porto Belo. Para los que quieren comida japonesa están el Sushi Bar y el Kotobuki. Pero ojo, que también los buzianos tienen su especialidad: langosta *grelhada* y frutos de mar en Nautilius, Don Juan u otro reducto de comida de mar. Que ningún nativo se ofenda.

Hermanas de visita

No se las vio nunca pasear por Buenos Aires. Tomaditas de la mano e inseparables, la Trinidad & la Tobago estuvieron en las calles porteñas, bien representadas por Warren Solomon, de la Tourism and Industrial Development Company of T&T limited (TIDCO); por Bill Bronté, hotelero de Port of Spain (Trinidad), y por Mukesh Dookeran, de la ciudad de Scarborough (Tobago). Con un inglés muy entendible y ayudado un poco por el español, los enviados de T&T se han preocupado por difundir las bondades que ambas islas pueden ofrecer como destino de vacaciones. Hablaron del romanticismo, de las puestas de sol y del perfil ecológico que poseen las islas con el antecedente de contar con la primer área protegida del mundo americano.

También han señalado la distinción entre ambas islas. Trinidad es la más grande, es historia, es pueblo y herencia de los distintos legados culturales del país. Tobago es ecoturismo, playas agrestes, mayor soledad, buceo. Ambas próximas a Venezuela, son para Warren Solomon la "puerta de Sudamérica" porque antiguamente las islas estuvieron unidas al continente.